

El Corresponsal de París.
Hoja antégrafo diario.

Servicio de la prensa española.

Redacc. y Admón:

17 y 19 rue Maubeuge.
Paris.

Paris 17 Diciembre de 1888.

Suplemento.

Sumario: "El Wals maldito" (conclusion), por Evaristo
Lamacho. = "Un drama en tiempo de Catalina II" (conti-
nuacion) por el principe Lubomirski = "Cantares" por
Mamuel Torreto. = Miscelánea P.

El Wals maldito. (Conclusion)

La pobre sagala lloró mucho; luego cayó enferma y a duras
penas se la pudo salvar de la muerte. Las plantas que la joven cui-
daba, se secaron: en el monte no resonaba su voz de ángel. - Ahor-
ra si que es esto villa-triste - Decían los aldeanos, con honda pena.

Justa recobró la salud, pero no la alegría.

Ahi pasaron cinco años; cómo pasa el tiempo!... Evaristo
no habia vuelto ni enviado noticia alguna de su paradero.

Una tarde el viejo cura del lugar llamó a Justa y estuvo ha-
blando con ella más de una hora. Después de la entrevista, to-
dos los que vieron a Pedro Ponce notaron que en sus ojos resplan-
decia la felicidad; dos semanas más tarde se supo la causa. Justa
se casaba con el sacristán de Villa-triste.

El amor del músico era verdadero. En aquellos cinco años se
habia quedado el infeliz convertido en esqueleto viviente y no de-
jó tronco de árbol grande o pequeño en que no grabase cien
veces el nombre de su adorada.

¿Era carnis o compasion lo que Justa sentia hacia él obli-
gandola a darle su mano? No us, atrevenos a asegurar ni lo
uno ni lo otro. El corazon de la mujer es un arcano impenetrable

en la mayoria de las ocasiones. Condenada por las leyes tiránicas de la sociedad a no descubrir sus inclinaciones interiores mientras el hombre no manifiesta las suyas, se perfecciona más que este en el arte del fingimiento.

Lo cierto es q.º Justa, desde q.º tuvo aquella conversacion con el cura, empezó a admitir los galanteos q.º el afortunado Pedro le dirigia con balbuciente voz. Hagámosle, sin embargo, justicia; todas las noches al acostarse sacaba de su seno un pañuelo de seda - el que Evarista llevaba de corbata los dias de fiesta - y despues de mirarlo un rato, besábalo con transportes de verdadero frenesi.

El dia estaba hermosisimo, uno de esos de Otono en q.º la temperatura es primaveral y el azul del cielo aparece sin una mancha.

A las 7 de la mañana, los vecinos de Villa-trite, reunidos ante la iglesia, lanzaron un estrepitoso viva q.º las montañas inmediatas fueron repitiendo. Justa acababa de unirse con Pedro Ponce, el cual salia radiante de felicidad llevando del brazo a la q.º tantas penas le habia hecho sufrir.

La desposada, aunque no iba alegre, hallábase tranquila y recibia con la sonrisa en los labios las humildes felicitaciones de sus paisanos.

Precedidos por el matrimonio, dirigieronse los campesinos a la explanada q.º servia de era. Durante la época de la siega, despues de un abundante almuerzo, acompañado de frecuentes libaciones, organizose el baile. Pedro, q.º estaba loco de alegría, hizo sonar la flauta arrancándola suaves armonias q.º hicieron estremecer de gozo todos los corazones.

Ya se habian puesto en movimiento algunas parejas, cuando de los labios de los aldeanos salio un unisono grito de asombro. Un forastero acababa de presentarse en la explanada, llevaba vistoso traje y en las mangas de su ajustada levita ostentaba las insignias de capitán de ejército.

Justa se quedó pálida como la cera: sus miembros se agitaron con temblor convulsivo. Evaristo - que no era otro el recién llegado - corrió hacia ella, y los antiguos amantes se entrelazaron los brazos al cuerpo, en un momento de arrebató febril.

Sucedio entonces una cosa rara. El músico contrajo su rostro horriblemente, apoyose desfaltecido junto a una enorme peña q.º a sus espaldas habia y empezó a preludiar el aire de un vals nunca oido por los campesinos; música extraña en la q.º se juntaban el gemido del dolor y la risa de la locura; conjunto de sonidos no superiores a más reglas q.º a las del compás, alegres y tristes a un mismo tiempo, pero con una alegría que destrozaba el corazón. - Pobre músico! el dolor le habia trastornado; tocaba sin conciencia de sus actos y cada nota q.º del instrumento salia representaba una idea de los sufrimientos que en aquellos momentos se agolpaban a su mente. "Maldito! - parecia decir el eco de la flauta - me has robado la dicha con tu presencia. Crei que Justa te habia olvidado por completo...; maldito... maldito seas!"

Entretanto Evaristo y Justa, olvidándose de cuanto les rodeaba, giraban abrazados alrededor de la era. Hubo un instante en q.º, dominados por el vértigo, llegaron con las bocas unidas al borde de la explanada y faltándoles tierra bajo sus pies, cayeron por la rápida pendiente q.º conducia a la sierra. Pedro, abandonando su sitio, se abalanzó tras ellos... todos los aldeanos corrieron tambien en aquella direccion, pero solo tuvieron tiempo de lanzar un grito de angustia...: tres cuerpos humanos, acababan de desaparecer por la boca del precipicio.

Si alguna vez pasais por Villa-trite y os acercais a la sierra, percibiréis un ruido

Optimo, fuerte una vez y otras apuro, por que...
 Evaristo, fuerte una vez y otras apuro, por que...
 Evaristo, fuerte una vez y otras apuro, por que...

Un Drama en tiempo (25.)
De Catalina II.
(Novela, por el principe Lubomirski)

(Continuacion)

— A no ser por el accidente de anoche, no me habriais conocido, señora, y, por lo tanto, habriais ignorado que existe en el mundo un hombre que... os ama. Cuando os vi en Ragusa, me dijeron que erais hija de nuestros Czares.

— ¿Os han dicho eso?

— Entonces yo, pobre oficial de marina, me dije: "Adoraré esa aparición y será mi ideal, porque es hija de Pedro el Grande, soberana desposada y mujer de una belleza imperial". Perdonadme, señora; pero mi amor es tan respetuoso que no puede ofenderos.

— Alina murmuró:

— No me ofende, caballero. Pero, decidme; ¿conocéis a Catalina?

— Como un insignificante teniente de navío puede conocer a su soberana. La he visto dos veces en audiencia solemne.

— Alina preguntó:

— ¿Es hermosa? ¿Es más bella que yo?

— ¡Oh! - exclamó el joven; - ¿me preguntáis si existe una mujer más linda que vos? El brillo del poder rodea a Catalina; pero su mirada es dura; sus maneras, masculinas; y su fisonomía, cruel.

— ¿No sentís afecto hacia la emperatriz de Rusia?

— El joven afecto no haber oído la pregunta, y la princesa repuso:

— ¿Qué pensáis de mí, caballero?

— Señora...

— No os pido que formuleis vuestra opinión acerca de la mujer, sino acerca de la pretendiente al trono de Rusia.

— El joven guardó silencio; pero en sus ojos apareció un siniestro resplandor.

— Escuchadme, caballero - preguntó Alina -; sois quizá el primer ruso a quien le dirigió la palabra. Vuestra mirada me parece leal, y vuestro amor no me espanta; ¿Decís que habéis oído hablar de mí? Estoy enferma y no viviré mucho tiempo; sin embargo, quisiera, antes de morir, sino reinar, al menos conquistar el rango que me corresponde. ¿Qué piensan los rusos?

El herido contestó apasionadamente:

— Yo os amo, señora.

Alina le tendió la mano, y a los pocos instantes se retiró de la habitación.

Al día siguiente, el joven estaba completamente curado y decía a su nueva amiga:

— ¡Cuán bella sois, Isabel, y qué bien os sentaría la corona imperial!

— ¡Diento en el alma, Alejo, que no seas más que un pobre oficial, pues estoy segura de que si os hallárais en mejor posición me habrías ayudado a subir al trono.

— Si tuviera un ejército y una escuadra, estarían a vuestras órdenes. Pero nada puedo hacer. Mi nombre es desconocido, y no os lo he dicho, porque no pueden pronunciarlo fácilmente unos labios acostumbrados a hablar italiano y francés.

— No quiero saberlo - interrumpió Alina -. Soy el primer ruso a quien he conocido y amado, porque os adoro con delirio.

— ¡Isabel! mi soberana....

— ¡Silencio! Si Catalina os escuchara!...

— ¡Catalina! Esa mujer ha apurado la paciencia de sus súbditos, los motivos suceden a los motivos y las intrigas a las intrigas. La Rusia sufre extraordinariamente, y hay días en que los hombres más influyentes piensan en cambiar la faz de las cosas.

Alina se echó a reír y dijo:

— ¡Cambiar la situación de las cosas! Estais loco de amor, y vuestra exaltación no me disgusta.

— No sabéis quien es esa mujer. Despota, cruel e imperiosa, en la mínima intimidad de su trato, considera a sus amigos como esclavos.

— Pero - interrumpió la princesa, un tanto sorprendida -; parece que la conocéis muy a fondo.

— ¿Y quien no la conoce en Rusia?

El joven guardó silencio y aplicó el oído. Alina corrió hacia la puerta.

Varias voces decían en la antecámara:

— Sabemos que está aquí.

Entonces se oyó el ruido de una lucha, y a los pocos instantes la puerta del cuarto de Alina se abrió de par en par. La princesa se levantó precipitadamente, persuadida de que algún acreedor trataba de entrar en su habitación, y Alejo se ocultó detrás de un cortinaje. Tres hombres aparecieron en el umbral, seguidos de todos los criados del palacio, que gritaban sin osar acercarse a ellos.

(Se continuará)

Lo amtares.

Alzeste al cielo los ojos
estando el espacio á oscuras,
y fué brillando una estrella
por cada mirada tuya.

+ *

Quisiera, hermosa, quedarme
solo en el mundo contigo;
que tengo celos de todo,
por donde quiera que miro.

+ *

Nadie sabe qué es amor,
por más que quiera aprender;
¿quién se explica ese placer
que al mismo tiempo es dolor?

+ *

Encerrar en un parentesis
puede su vida cualquiera.
una lágrima le abre
y otra lágrima le cierra.

+ *

Con una venda en los ojos
me encontré un día ayer tarde,
me dijo que iba perdido
y ya me fuise á guiarle,
Pero me fuise á guiarle
sin notar que en la partida
mientras él su casa hallaba,
mi corazón se perdía.

+ *

Un gusano y un diamante
hallé una vez; y en el acto,
el diamante guardó ansioso
y di la muerte al gusano.
Mas ¡ay! que al siguiente día,
cómo las cosas cambiaron!
La muerte me dió el diamante,
y en mi renació el gusano!

Manuel Jarreto y Paniagua.

Miscelánea.

#

Desesperado un irlandés por la escasez de fondos y la carestía de las cosas, cogió una pistola y se fué de noche á acechar á los transeúntes.

Pasa un caballero que venia del teatro, y

— ¡Alto!; la bolsa ó la vida! — le dice el irlandés.

— ¡El transeúnte conoce q.^o su agresor no es ladrón de oficio, y le replica:

— Señor mío, V. es un hombre de bien, arrastrado al crimen por la necesidad; V. vá á cometer una mala acción y á llenarse de remordimientos... Pues bien, no quiero que V. cometa esa primera mala acción. ¿Quiere V. dinero? tome V. cien pesos q.^o traigo; tome V. también mi reloj, y en cambio, p.^o recuerdo, regálemme V. esa pistola.

— Acedió él, tomó dinero y alhaja y dió el arma. Pero apenas el transeúnte la tuvo en la mano, le dijo con aire de triunfo:

— Ahora que soy dueño de la pistola, devuélveme lo q.^o te he dado, ó te abraso los sesos! replicó el irlandés sonriendo; tire V., tire V., q.^o us está cargada!

— ¡Guá! replicó el irlandés sonriendo; tire V., tire V., q.^o us está cargada!

— ¡Y lo peor es que yo lo estaba.

El Corresponsal de París
Hoja autógrafa diaria.

Servicio de la prensa española.

Redacc.^{ón} y Admón.^{ón};
17 y 19 rue Maubeuge.
París.

Año IV. ~ Núm.^o 596.

París 37 de Diciembre de 1888.

La situación.

Esto es hecho. Por 262 votos contra 188 la Cámara rechazaba el último sábado - pocos momentos después de haber cerrado nuestra correspondencia - el proyecto del Gobierno autorizando a la Compañía del Canal de Panamá para que pudiese aplazar durante tres meses el pago de sus vencimientos y obligaciones.

El voto de la Cámara - que a la hora presente es objeto de todos los comentarios del uno al otro extremo de Francia - coloca a la empresa de aquella obra colosal en una situación verdaderamente lastimosa que toca los límites de la quiebra y de la ruina. Muchos se preguntan si el conflicto tiene todavía arreglo. Difícil es resolver de plano esta cuestión delicada. A los tribunales corresponde resolverla, y ellos son los que en realidad podrían anular el acto impopularísimo que acaba de consumar la Cámara, haciendo por sí lo que ella no ha hecho, es decir, concediendo a la Compañía del Canal ese respiro de tres meses que ella y el Gobierno consideraban suficiente para allegar los medios necesarios a fin de asegurar la terminación definitiva de las obras y garantizar con ellos el número de pequeños capitales comprometidos y que ahora, por ese voto imprudente de los representantes del país, han quedado poco menos que abandonados al triste azar o, como si dijéramos, tirados en mitad del arroyo.

La decisión de la Cámara no ha dejado de afectar profundamente a M.^r de Lesseps - al "gran francés" quand même, como le llamaba hoy gráficamente un periódico -, a ese hombre de convicción leal, de constancia invencible y de honor a toda prueba, que ha sido, es y continuará siendo, mal

que pese a los envidiosos adversarios de su gloria, el alma de aquella colosal y patriótica empresa.

* * *

A propósito, vamos a reproducir a continuación parte de una interesante entrevista celebrada entre M^r. de Lesseps y un redactor del Figaro momentos después de haber tenido lugar la votación de la Cámara.

— ¿Bien, señor presidente, ¿conoceis el voto de la Cámara?

— No - respondió con gran tranquilidad M^r. de Lesseps, tendiendo afectuosamente la mano a su interlocutor.

— El proyecto del gobierno es rechazado... Vuestra petición ha sido denegada.

Siguiose a esto un gran silencio, y el redactor del Figaro repuso:

— Un centenar de diputados son los q^ue han votado contra vos.

M^r. de Lesseps, continuó un momento sin pronunciar una sola palabra; pero cambió súbitamente de color. Llevóse el puñuelo a los labios como para reprimir una exclamación, y después, recobrando toda su calma y como irguiéndose de todas sus fuerzas, dijo:

— Pero esto no es posible! Esto no puede ser!

— ¡Esto es indigno! - exclamó M^r. de Lesseps, que presenciaba la entrevista.

— Yo no creía - repuso tristememente M^r. de Lesseps - que una Cámara francesa sacrificaría de tal modo los intereses del país. Han olvidado, pues, todos esos diputados que más de mil millones pensosamente recogidos del pequeño ahorro y de las más modestas fortunas del país están comprometidos en ese voto que acaban de emitir, y que todo, sin embargo, podían haberlo salvado con esa simple medida dilatoria que se les pedía! Ciertamente, yo nada tengo que reprocharme en esta espantosa crisis: he hecho todo lo humanamente posible para salvaguardar los intereses de cada uno porque no se me oculta que el hundimiento definitivo del Panamá no sería solamente la ruina de los accionistas, si que sería también una inmensa desgracia para la patria, un triunfo para nuestros enemigos, un desastre espantoso para nuestra bandera. - Lo que me consuela, es la franquera con que los nuevos administradores provisionales se apresuran a reconocer que todo en nuestras operaciones ha sido honrado, leal y a la clara luz del día. Lo que me anima también son los millares de cartas q^ue recibo.

Paris 17 de Diciembre de 1888.

F. 3.

Desde hace dos días de mis suscritores, de mis accionistas, esos amigos desconocidos que tienen hoy como ayer puesta en mí toda su confianza y que marchan a mi lado, con el corazón aun valiente, en esta última y suprema batalla. Todos ellos forman una legión respetable, y es para salvaguardar sus ahorros que yo estoy dispuesto a toda suerte de sacrificios. — Cuéntame algunos soberanos en la lista de los que me han dirigido mis telegramas en esta triste jornada para manifestarme sus angustias y sus excelentes deseos. Precisamente en este instante acababa de abrir una carta de la reina Isabel. Está escrita en español y voy a traducírosela:

"Mi estimado amigo Conde de Lesseps: En el momento en que las dificultades acrecen y se acumulan a vuestro alrededor, tengo verdadero interés en manifestaros cuanto confío en el éxito de vuestra grande obra, que el mundo entero envidia, y cuanto admiro vuestra energía. — Isabel de Borbon."

Después de una breve pausa, prosiguió Mr. Lesseps:

"No...: la situación, cierto, es muy difícil; pero nada hay perdido: el movimiento que se ha producido desde hace dos días en el país puede tener aun favorable consecuencia para la empresa."

"En cuanto al voto de la Cámara, siento que se le haya dado una dirección torcida en razón a que podía perfectamente, emitiéndose en sentido favorable al proyecto, salvaguardar los intereses de todos, y además porque el hubiera permitido acabar, sin peligros ni sacudidas, la obra eminentemente nacional que mis suscritores y yo hemos emprendido."

"Otros proyectos nos quedan ahora, cuyo empleo hubiéramos querido evitar; pero podéis estar seguro de que el Canal de Panamá será un hecho y entonces será cuando se lamentará la Cámara de no haber protegido oportunamente a toda esta inmensa falange de accionistas, paisanos, hacendados, agricultores y campesinos de todos los rincones de Francia, obreros de todos los partidos, cuyos intereses habrían podido salvarse por medio de un simple voto."

Del Figaro, del cual extractamos la precedente interesante conversación, termina su relato diciendo que uno de los ^{hijos} hijos de Mr. Lesseps dió el mot de la fin de la entrevista gritando desafortunadamente, subido a una silla:

— ¡Viva Boulanger!"

Paris 17 diciembre 1888.

F. 4.

Un salon tomado por asalto. - Decididamente es imposible celebrar en Paris una reunion politica sin que la cosa se convierta enseguida en campo de Agramante.

El Comité revisionista del distrito 9.º habia organizado para ante anoche, sala Petrelle, una reunion dedicada a los electores de dicho barrio. Un centenar de curiosos habia respondido al llamamiento, engolosinados, por decirlo asi, con la promesa de que asistirian a la reunion varios diputados del llamado partido nacional (lease boulangista); pero estos entendieron deber declinar la invitacion del comité preteptando que la reunion era privada y que ellos reservaban sus discursos para las sesiones de carácter publico.

Abierta la sesion, y mientras el concijero municipal M. de Menorval estaba pronunciando una perorata en la q. reprochaba a ciertos diputados de haber llegado al Parlamento sin un centimo (estilo Numa Gilly) y de disfrutar actualmente de 75000 francos de renta, oyose de repente una gran zaragata en la puerta de entrada del salon.

- Son los posibilistas!... - exclaman cien voces a la vez, en tanto que todo el mundo se precipita hacia la puerta con el baston o la silla en el aire. Los posibilistas trataban, en efecto, de invadir la sala, conducidos por M. Allemane. Fructil es decir el escándalo Descommunal que se armó entre las dos fuerzas contendientes tan luego como pudieron llegar a la grana. Finalmente la victoria quedo a favor de los boulangistas, los cuales, una vez dueños en absoluto de la sala, barricadearon las puertas a guisa de fortaleza. - Pero todo, los posibilistas volvieron a la carga y trataron de hundir las puertas. Una de ellas cedio a sus esfuerzos y lie aqui entonces a los boulangistas arrojando sillas, taburetes, botellas y todo cuanto les venia a mano en todas direcciones y convirtiendo de nuevo la sala en verdadera lucha de energuemenos o de poseidos. Muchos ruidos que salieron Descalabrados de la pelea, entre ellos algunos periodistas que asistian pacificamente a la reunion para dar de ella cuenta en sus respectivas publicaciones. Diez minutos duro aproximadamente esta segunda parte de la lucha; los boulangistas buscan todavia la manera de resistir la invasion; pero al fin se ven obligados a ceder ante la superioridad numerica de sus adversarios.

En la calle todavia continuo durante algunos minutos la Descommunal bagarre. Por fin... llego la policia (que hasta el ultimo momento nadie supo donde estaba) y disperso a los contendientes. Las cosas, como se ve, se van poniendo verdes y tirantes; ¡¿tanto!

(Bolsa: 3% - 83.15)